

la vida y de las pasiones por mucho tiempo. Con escasa diferencia, ¿no vienen á terminar todos los sentimientos humanos en atroces decepciones? Cuando madres, los hijos nos asesinan con su mala conducta ó con su frialdad; cuando esposas, nos vemos traicionadas; cuando amantes somos despreciadas ó abandonadas. ¿Existe acaso la amistad? Mañana mismo me haría devota si no supiese que puedo permanecer, como una roca, inaccesible en medio de las tormentas de la vida. Si el porvenir del cristiano es también una ilusión, al menos no se destruye hasta después de su muerte.

—¡Ah! le dije—sabe usted castigar.

—¿Será mía la culpa?

—Sí—le respondí con una especie de valor.—Acabando esta historia, bastante conocida en Italia, puedo darle á usted una elevada idea de los progresos hechos por la civilización actual. Hoy ya no se hacen eunucos.

—París es un suelo muy hospitalario—me dijo la señora de Rochefide.—Lo acoge todo, lo mismo las fortunas más vergonzosas que aquellas que están manchadas de sangre. El crimen y la infamia tienen aquí derecho á un asilo, sólo la virtud carece de altares. Pero las almas puras tienen una patria en el cielo. Nadie me habrá conocido... y me enorgullezco de ello.

Y la marquesa permaneció pensativa.

París, Noviembre 1830.

FACINO CANE

Á Luisa

Como testimonio de afectuoso agradecimiento.

Vivía yo entonces en una callejuela que tal vez no conozcáis; me refiero á la calle de Lesdiguières, que comienza en la calle de San Antonio enfrente de una fuente próxima á la plaza de la Bastilla, y desemboca en la calle de la Cerisaie. El amor á la ciencia me había sepultado en una buhardilla, donde trabajaba durante la noche, pasando el día en una biblioteca inmediata, en la de MONSIEUR. Habiendo aceptado todas las condiciones de la vida monástica tan necesaria á los trabajadores, vivía muy frugalmente. Cuando hacía buen tiempo, apenas si me permitía dar un paseo por el bulevar Bourdon. Una sola pasión me apartaba de mis hábitos estudiosos; pero ¿no implicaba también estudio? Solía ir á estudiar las costumbres del arrabal, sus habitantes y sus caracteres. Como iba tan mal vestido como un obrero, no les causaba prevención alguna y podía mezclarme en sus grupos, verles realizar sus compras y discutir á la hora en que dejan el trabajo. La observación se había hecho en mí instintiva, llegaba al alma sin descuidar el cuerpo, aprehendía los detalles exteriores, me procuraba la facultad de asimilarme la vida del individuo en quien me fijaba y me permitía substituirle, del mismo modo que el derviche de las *Mil y una noches* tomaba el cuerpo y el alma de las personas sobre las cuales pronunciaba ciertas palabras.

Entre once y doce de la noche, cuando encontraba á algún obrero y á su mujer, volviendo juntos del Ambigu Cómico, me entretenía en seguirles desde el bulevar de Pontaux-Choux hasta el bulevar Beaumarchais. Aquellas buenas gentes hablaban primero de la pieza que habían visto, y de una cosa en otra llegaban á hablar de sus negocios; la madre arrastraba á su hijo por la mano sin escuchar sus quejas ni sus súplicas, y los dos esposos calculaban el dinero que habían de cobrar al día siguiente y lo gastaban de mil maneras diferentes. Entonces salían á relucir los detalles del hogar, las quejas acerca de la excesiva carestía de las patatas ó de la longitud del invierno, ó del importe de lo que se le debía al panadero. En fin, las discusiones en que se recriminaban y en las que cada uno desplegaba su carácter mediante frases más ó menos picarescas. Oyendo á aquellas gentes, yo me identificaba con su vida, me parecía vestir sus andrajos y calzar sus zapatos rotos, y sus deseos, sus necesidades, todo acudía á mi alma. Aquello era el sueño de un hombre despierto. Yo me irritaba, como ellos, contra los patronos que los oprimían ó contra los malos parroquianos que les despedían muchas veces sin pagarles. Identificarme con sus costumbres, convertirme en otro yo mediante la embriaguez de las facultades mentales y hacer este ejercicio á voluntad: tal era mi distracción. ¿A qué debo yo este don? ¿es una especie de segunda vista? ¿Es una de esas cualidades cuyo abuso me conduciría á la locura? Nunca he querido indagar las causas de este poder; lo poseo y me sirvo de él, y eso es todo. Sabed únicamente que desde aquella época yo descompuse los elementos de esa heterogénea masa que se llama pueblo y lo analicé de tal modo, que podía evaluar sus cualidades buenas ó malas. Entonces sabía yo la utilidad que podría reportar á aquel arrabal, aquel semillero de revoluciones que encierra héroes, inventores, sabios prácticos, pillos, bandidos, virtudes y vicios, todo comprimido por la miseria, asfixiado por la necesidad, ahogado por el vino, gastado por el uso de los licores fuertes. ¡Nunca podríais imaginaros el sinnúmero de aventuras perdidas y de dramas olvidados que encierra aquella vida de dolor! ¡Cuán bellas y horribles cosas! La imaginación no descubrirá nunca la verdad de lo que se oculta y que no puede ser descubierta por nadie, porque hay que descender demasiado abajo para encontrar sus admirables escenas trágicas

ó cómicas, obras maestras engendradas por el azar. Yo no sé cómo he callado tanto tiempo la historia que voy á relatar, historia que forma parte de esos relatos que quedan grabados en el cerebro, de donde la memoria los saca caprichosamente cual si fuesen números de la lotería. Tengo otros muchos, tan extraños como éste; pero no temáis, ya les llegará su turno.

Un día, la mujer encargada de los quehaceres de mi casa, la mujer de un obrero, se presentó á rogarme que honrase con mi presencia la boda de una hermana suya. Para daros una idea de lo que podría ser aquella boda, he de advertiros que yo le daba dos pesetas mensuales á aquella criatura, la cual iba todas las mañanas á hacerme la cama, á limpiarme los zapatos, cepillarme la ropa, barrerme el cuarto y prepararme el almuerzo, pasando el resto del día dando vueltas á la manivela de una máquina por la módica suma de dos reales diarios. Su marido, que era ebanista, ganaba cuatro francos; pero como el matrimonio tenía tres hijos, apenas si contaban para pan. Yo no he visto nunca probidad más sólida que la de aquel hombre y la de aquella mujer. Después de dejar yo el barrio, por espacio de cinco años, la madre Vaillant venía siempre á felicitarme el día de mi santo llevándome un ramillete de flores y naranjas, ella, la pobre, que nunca podía ver ahorrados cincuenta céntimos. La miseria nos había unido. Yo nunca había podido darle más de diez francos el día de mi santo, y aun esta suma tenía que pedirla prestada con este objeto. Esto puede servir de explicación á mi promesa de ir á la boda, donde contaba participar de la alegría de aquellas pobres gentes.

El festín, el baile, todo tuvo lugar en la casa de un tabernero de la calle de Charenton, en el primer piso, en un cuarto iluminado con quinqués provistos de reflectores de hoja de lata, tendido de un papel grasiento y á lo largo de cuyas paredes había bancos de madera. En aquel cuarto, ochenta personas endomingadas, cargadas de flores y de cintas y con el rostro encendido, bailaban como verdaderos locos. Los novios se besaban con satisfacción general, y entonces se oían ¡eh! y ¡ah! chistosos, pero realmente menos indecentes que las tímidas miradas de las jóvenes bien nacidas. Toda aquella gente expresaba su alegría brutal, que tenía un no sé qué de comunicativo; pero ni el aspecto de aquella asamblea, ni la boda, ni nada de este mundo tienen relación

con mi historia. Retened únicamente la extravagancia del cuadro: Imaginaos bien la innoble taberna pintada de encarnado, sentid el olor del vino, escuchad los gritos de aquella alegría, trasladados á aquel arrabal en medio de aquellos obreros, de aquellos ancianos, de aquellas pobres mujeres entregadas al placer de una noche.

La orquesta se componía de tres ciegos de los Quinze-Vingts. El primero era violín, el segundo clarinete y el tercero oboe. Los tres cobraban por junto siete francos por toda la noche. Ciertamente que por este precio no podían ejecutar piezas de Rossini ni de Beethoven: tocaban lo que querían y lo que podían, sin que nadie les hiciese el menor reproche: ¡encantadora delicadeza! Su música hería tan vivamente el tímpano, que después de haber fijado los ojos en la asamblea yo contemplé aquel trío de ciegos, y al reconocer su uniforme me sentí inclinado á la indulgencia. Aquellos artistas estaban en el alféizar de una ventana, y por consiguiente, para distinguir sus fisonomías, era conveniente acercarse á ellos. Yo no me acerqué en el acto de entrar, pero cuando lo hice, no sé por qué desaparecieron para mí la boda y la música, sintiéndose mi curiosidad excitada en su más alto grado, por haberse trasladado mi alma al cuerpo del tocador de clarinete. Lo mismo el violín que el oboe tenían cara vulgar, la tan conocida cara del ciego llena de contención atenta y grave; pero la del clarinete ofrecía uno de esos fenómenos que llaman siempre la atención del artista y del filósofo.

Figuraos la mascarilla de yeso de Dante iluminada por el resplandor rojizo del quinqué y rematada en espesa cabellera blanca. La expresión amarga y dolorosa de aquella magnífica cabeza estaba agrandada por la ceguera, pues los ojos muertos eran animados por el pensamiento y se escapaba de ellos una especie de resplandor ardiente producido por un deseo único, incensante, y enérgicamente grabado en una frente espaciosa surcada por arrugas semejantes á las hendiduras de una pared vetusta. Aquel anciano soplaba al azar, sin hacer el menor caso de la medida y del aire, y sus dedos se levantaban ó se bajaban maquinalmente para oprimir ó dejar en libertad las viejas llaves de su instrumento. No se apercebían de esto ni los bailarines ni los dos acólitos de mi italiano, y digo italiano, porque yo deseaba que fuese italiano y resultó serlo. En

aquel anciano Homero, que guardaba en su interior una *Odisea* condenada al olvido, se encontraba algo de grande y de despótico. Era su grandeza tan real, que triunfaba en medio de su abyección, y era su despotismo tan potente, que dominaba la pobreza. Ninguna de las violentas pasiones que conducen al hombre al bien ó al mal convirtiéndole en un forzado ó en un héroe, faltaban en aquel rostro de corte evidentemente italiano y sombreado por gruesas cejas que proyectaban su sombra sobre unas profundas cavidades donde se temía ver reaparecer la luz del pensamiento, como se teme ver llegar á la boca de una caverna á una cuadrilla de bandidos provistos de antorchas y puñales. Aquella jaula de carne encerraba un león, un león cuya rabia había sido empleada inútilmente en destruir los barrotes de hierro. El incendio de la desesperación se había extinguido y la lava se había enfriado; pero los surcos, la agitación y un poco de humo atestiguaban la violencia de la erupción y los estragos del fuego. Estas ideas, que me fueron sugeridas por la vista de aquel hombre, existían tan ardientes en mi alma como frías parecían en su rostro.

En cada intermedio, el violín y el oboe, seriamente ocupados de su vaso y de su botella, suspendían su instrumento de un botón de su chaqueta rojiza, extendían la mano hacia una mesita colocada en el alféizar de una ventana donde estaba su cantina y ofrecían siempre al italiano un vaso que éste no podía tomar por sí mismo, pues la mesa estaba detrás de su silla. Cada vez que se repetía esta operación, el clarinete les daba las gracias, mediante un amistoso movimiento de cabeza. Sus movimientos se realizaban siempre con esa precisión que asombra ver en los ciegos de los Quinze-Vingts y que parece hacer creer que ven. Yo me aproximé á los tres ciegos para escucharles, pero cuando estuve á su lado, me estudiaron, y como acaso no reconociesen en mí á un obrero, se mantuvieron quietos.

—¿De qué país es usted, el que toca el clarinete?

—De Venecia—respondió el ciego con ligero acento italiano.

—¿Ha nacido usted ciego ó está ciego á causa de...?

—De un accidente—se apresuró á responder,—una maldita gota serena.

—Venecia es una villa hermosísima, tanto, que yo siempre he tenido el capricho de ir á verla.

La fisonomía del anciano se animó, sus arrugas se agitaron y se notó que estaba violentamente conmovido.

—Si yo fuese con usted, le aseguro que no perdería usted el tiempo — me dijo.

—No le hable usted de Venecia—exclamó el violín,— porque de lo contrario nuestro dux tendrá para rato y, sobre todo, teniendo como tiene ya dos botellas entre pecho y espalda.

—Vamos, empecemos, padre Canard—dijo el oboe.

Los tres se pusieron á tocar; pero mientras duraron las cuatro contradanzas, el veneciano me olfateaba cual si hubiese adivinado el excesivo interés que me inspiraba. Su fisonomía perdió su fría expresión de tristeza, no sé qué esperanza alegró sus facciones, y entonces el ciego sonrió y se enjugó la frente, aquella frente audaz y terrible. Hecho esto, se puso alegre como el hombre que vé realizada su más grata ilusión.

—¿Qué edad tiene usted?—le pregunté.

—Ochenta y dos años.

—¿Desde cuando está usted ciego?

—Va á hacer pronto cincuenta años—respondió con un acento que demostraba que sus penas no provenían únicamente de la pérdida de la vista, sino de algún gran poder del que hubiera sido despojado.

—¿Y por qué le llaman el dux?—le pregunté yo.

—¡Ah! es una broma—dijo.—Yo soy patricio de Venecia y podía haber sido dux como cualquiera otro.

—Pues ¿cómo se llama usted?

—Aquí me llamo el padre Canet. Mi nombre no ha podido escribirse nunca de otro modo en los registros, pero en italiano soy Marco Facino Cane, príncipe de Varese.

—¿Cómo! ¿desciende usted del famoso condotiero Facino Cane, cuyas conquistas pasaron al duque de Milán?

—*E vero*—me dijo.—En aquella época, para no ser matado por los Visconti, el hijo de Cane se refugió en Venecia y se hizo inscribir en el libro de oro. Pero ahora ya no hay más Cane ni más libro.

Y esto diciendo, hizo un asombroso gesto de patriotismo extinguido y de desprecio por las cosas humanas.

—Pero si era usted senador de Venecia, debía ser rico; ¿cómo ha podido usted perder su fortuna?

Al oír esta pregunta, levantó la cabeza hacia mí como

para contemplarme haciendo un movimiento trágico, y me respondió:

—Con las desgracias.

El pobre ya no pensaba en beber. Rechazó con un gesto el vaso de vino que le ofreció en aquel momento el oboe y después bajó la cabeza. Estos detalles no eran muy propios ciertamente para que yo perdiese mi curiosidad. Durante la contradanza que tocaron aquellas tres máquinas, yo contemplé al viejo y noble veneciano animado por esos sentimientos que embargan á un hombre de veinte años. En aquel rostro envejecido me pareció ver las ruinas de Venecia y del Adriático. Me paseaba por esta villa tan querida de sus habitantes, iba del río Alto al Gran canal, del muelle de los Esclavones al Lido, volvía á su catedral, tan originalmente sublime, contemplaba las ventanas de la *Casa Dora*, cada una de las cuales tiene diferentes adornos, veía sus mejores palacios tan ricos en mármol, en fin, todas aquellas maravillas con las que el sabio simpatiza, tanto más cuanto que les da el calor que le apetece sin ver destruidos sus sueños por el espectáculo de la realidad. Después recorría el curso de la vida de aquel vástago, del más grande de los condotieros, buscando en su figura las huellas de sus desgracias y las causas de aquella profunda degradación física y moral que hacía parecer más bellas aún las chispas de grandeza y de nobleza reanimadas en aquel momento. Nuestros pensamientos eran sin duda comunes, pues yo creo que la ceguera contribuye á que las comunicaciones intelectuales sean mucho más rápidas, porque contribuye á que la atención no se disminuya con la presencia de objetos exteriores. No se hizo esperar la prueba de nuestra simpatía. Facino Cane cesó de tocar, se levantó, se acercó á mí y me dijo un «Salgamos» que produjo en mí el efecto de una ducha eléctrica. Yo le di el brazo y nos fuimos.

Quando estuvimos en la calle, me dijo:

—¿Quiere usted llevarme á Venecia y tener fe en mí? Será usted más rico que las diez casas más ricas de Amsterdam y de Londres, más rico que los Rothschild, en fin, rico como los ricos de *Las mil y una noches*.

Yo pensé que aquel hombre estaba loco; pero había en su voz tal poder, que obedecí á él. Me dejó conducir, y cual si tuviese ojos, me llevó á los fosos de la Bastilla y se sentó sobre una piedra en aquel lugar solitario en que se cons-

truyó el puente que comunica el canal de San Martín con el Sena. Yo me senté en otra piedra ante aquel anciano, cuyos cabellos blancos brillaron como hilos de plata á la claridad de la luna. El silencio, turbado apenas por el ruido de los bulevares que llegaba hasta nosotros, la pureza de la noche, todo contribuía á hacer aquella escena verdaderamente fantástica.

—¿Le habla usted de millones á un joven, y cree que dudaría en soportar mil males para obtenerlos? ¿No se burla usted de mí?

—¡Que muera sin confesión, si no es cierto lo que voy á decirle!— me dijo con entereza.—Yo he tenido veinte años como usted los tiene en este momento; era rico, era guapo, era noble y empecé por la primera de las locuras, por el amor. Yo amé como se ama una sola vez, hasta el punto de meterme en un armario y arriesgarme á ser cosido á puñaladas sin haber recibido otra cosa que la promesa de un beso. Morir por ella me parecía toda una vida. En 1760 me enamoré de una Vendramini, mujer de diez y ocho años, casada con un Sagredo, uno de los senadores más ricos, un hombre de treinta años que estaba loco por su mujer. Mi amada y yo éramos inocentes como dos querubines, cuando su esposo nos sorprendió hablando de amor; yo estaba sin armas, el erró el golpe que me dirigió y entonces yo me le eché encima y lo estrangulé con mis manos, retorciéndole el cuello como si fuera un pollo. Quise escapar con Bianca, pero ella se negó á seguirme. ¡Así son las mujeres! Entonces yo partí solo, fui condenado y mis bienes fueron confiscados en favor de mis herederos; pero me había llevado mis diamantes, cinco cuadros del Ticiano enrollados y todo el oro que poseía. Como mi crimen no interesaba al Estado me fui á Milán, donde disfruté de completa tranquilidad. Voy á hacerle una observación antes de continuar—añadió después de una pausa.—Influyeran ó no los caprichos de una mujer cuando está embarazada ó cuando concibe á su hijo, es lo cierto que mi madre tuvo una pasión por el oro mientras estuvo embarazada. Yo tengo por el oro una monomanía cuya satisfacción me es tan necesaria, que jamás he dejado de tener oro, cualquiera que fuere la posición en que me hallase. Yo manejo constantemente oro. Cuando era joven llevaba siempre alhajas, y mi bolsillo encerraba constantemente doscientos ó trescientos ducados.

—Yo huelo el oro. A pesar de estar ciego, me detengo delante de los escaparates de los joyeros. Esta pasión me ha perdido, pues me hice jugador por jugar con el oro. Como no era un pillo, fui engañado por los pillos y me arruiné. Cuando quedé sin fortuna me entró el ardiente deseo de volver á ver á Bianca; volví secretamente á Venecia, tuve la suerte de hallarla, y por espacio de seis meses fui feliz, pues estuve escondido en su casa y viví á expensas suyas. Yo pensé acabar deliciosamente mi vida de esta suerte; pero como ella era cortejada por el proveedor, éste adivinó la existencia de un rival; nos espió, y el muy cobarde nos sorprendió en la cama. Juzgue usted cuán terrible no sería nuestra lucha; yo no le maté, pero le herí gravemente. Esta aventura puso fin á mi dicha. Desde aquel día no he vuelto á encontrar nunca más á Bianca. He tenido grandes placeres, he vivido en la corte de Luis XV entre las mujeres más célebres, pero en ninguna parte he encontrado los encantos, las gracias y el amor de mi querida veneciana. El proveedor llevaba consigo á sus criados, y en su consecuencia los llamó para que cercasen el palacio; yo me defendí para poder morir en presencia de Bianca, que me ayudaba á matar al proveedor. Antes aquella mujer no había querido huir conmigo, pero después de seis meses de felicidad, deseaba morir conmigo y recibió varios golpes. Cogido yo á causa de una gran capa que me arrojaron encima, fui arrollado en ella y transportado en una góndola á un calabozo subterráneo. Yo tenía veintidós años, y cogía con tal fuerza la empuñadura de mi espada, que para arrancármela hubiera sido preciso cortarme la muñeca. Por una extraña casualidad, ó mejor dicho, inspirado por una idea de precaución, escondí aquel pedazo de hierro en un rincón de mi calabozo por si podía servirme de algo. Fui atendido y cuidado con gran esmero, y como tenía veintidós años y ninguna de mis heridas era grave, pronto quedé curado; pero comprendiendo que me tocaba morir decapitado, me hice el enfermo á fin de ganar tiempo. Creía yo estar en un calabozo próximo al canal, y proyectaba evadirme perforando el muro y atravesando el canal á nado, aun á riesgo de ahogarme. He aquí en qué razonamientos estaba basada mi creencia. Siempre que el carcelero me llevaba la comida, yo leía ciertas indicaciones escritas en los muros, como: *Lado del palacio, lado del canal, lado del subterráneo*. Con el genio que le comunica á uno el deseo de

recobrar la libertad, yo acabé por descifrar el sentido de ciertas inscripciones árabes con que el autor de aquel trabajo advertía á sus sucesores que había arrancado dos piedras y cavado once pies de subterráneo. Para continuar su obra, era preciso extender sobre el suelo mismo del calabozo las partículas de piedra y de mortero producidas por el trabajo de excavación. Aunque los guardianes ó los inquisidores no estuviesen completamente tranquilos acerca de la construcción del edificio, que sólo exigía una vigilancia exterior, la disposición de los pozos, á los cuales se descende mediante algunos peldaños, permitía elevar gradualmente el suelo sin que los guardianes lo notasen. Este inmenso trabajo había sido superfluo, al menos para quien lo había empezado, pues su interrupción anunciaba la muerte del que lo había emprendido. Para que su sacrificio no resultase infructuoso, era preciso que el prisionero supiese árabe; pero yo había estudiado las lenguas orientales en el convento de los armenios. Una frase escrita sobre una piedra decía cual había sido el destino de aquel desgraciado, víctima de sus inmensas riquezas, riquezas que habiendo sido codiciadas por Venecia le fueron arrebatadas por esta villa. Sólo faltaba un mes de trabajos para lograr el resultado apetecido. Mientras yo trabajé, en los momentos en que la fatiga me agobiaba, oía el sonido del oro, veía oro ante mis ojos y me sentía deslumbrado por los diamantes. ¡Oh! espere usted. Una noche mi despuntado acero encontró madera, y entonces yo lo afilé y logré hacer un agujero. Para poder trabajar me arrastraba como una serpiente y me desnudaba para introducirme en el agujero á imitación de los topos, echando los brazos hacia adelante y sirviéndome de la piedra como punto de apoyo. La antevíspera del día en que había de comparecer ante mis jueces intenté durante la noche un último esfuerzo; perforé la madera y mi hierro no encontró nada más allá. Juzgad mi sorpresa cuando apliqué los ojos al agujero. Estaba en la bóveda de una bodega en la que una débil luz me permitió ver un montón de oro. El dux y uno de los Diez estaban en ella, yo oí sus voces, y sus palabras me hicieron saber que allí estaba el tesoro secreto de la República, los dones de los duxes y el botín llamado el Último de Venecia. Estaba salvado. Cuando el carcelero se presentó, le propuse que favoreciese mi huida y que huyese conmigo llevándonos todo lo que pudiésemos coger. El hombre no podía

titubear, aceptó. Un buque se hacía á la vela para Levante y tomamos todas las precauciones. Bianca procuró facilitar el cumplimiento de las órdenes que yo dictaba á mi cómplice. Para no despertar sospechas, Bianca debía unírse nos en Smirna. En una noche el agujero fué agrandado y pudimos bajar al lugar donde se hallaba el tesoro secreto de Venecia. ¡Qué noche! Allí vi cuatro toneles llenos de oro. En la pieza contigua, la plata estaba también amontonada formando dos grandes masas que dejaban un camino en medio para atravesar el cuarto. Yo creí que el carcelero se volvería loco: el hombre cantaba, saltaba, reía, se tumbaba sobre el oro, y yo me vi precisado á hacerle la amenaza de estrangularle si perdía el tiempo ó hacía ruido. En medio de su alegría, no vió una mesa sobre la cual estaban los diamantes. Yo me puse delante de ella con bastante habilidad y logré llenarme los bolsillos de mi blusa de marinero y de mi pantalón. ¡Dios mío! ni siquiera pude llevarme una tercera parte. Debajo de aquella mesa estaban los lingotes de oro. Yo aconsejé á mi compañero que llenase de oro el mayor número de sacos que pudiese, advirtiéndole que era la única manera de no ser descubiertos en el extranjero, pues las perlas, las joyas y los diamantes nos delatarían. Aunque nuestra avidez era grande, sólo pudimos llevarnos dos mil libras de oro, que exigieron seis viajes á través de la cárcel hasta la góndola. El centinela que estaba á la puerta de agua había sido comprado mediante un saco de diez libras de oro. Respecto á los dos gondoleros, creían servir á la república. Al rayar el alba partimos. Cuando estuvimos en plena mar y me acordé de aquella noche, cuando recordé las sensaciones que había sentido al ver aquel inmenso tesoro del que dejaba, según mis cálculos, treinta millones en plata, veinte millones en oro, y varios millones en diamantes, perlas y rubíes, sentí en mis adentros arrebatos de locura. Tuve fiebre de oro. Fuímos á desembarcar en Smirna y nos embarcamos inmediatamente para Francia. Cuando poníamos el pie en el buque francés, Dios me hizo el favor de desembarazarme de mi cómplice. En aquel momento yo no pensaba en todo el alcance que tenía para mí esta desgracia que tanto había celebrado. Estábamos tan completamente enervados, que permanecíamos alelados sin decirnos nada, esperando á estar en seguridad para gozar de nuestra riqueza. Ya verá usted como me castigó Dios. Yo no me creí tranquilo hasta des-

pues de haber vendido las dos terceras partes de mis diamantes en Londres y en Amsterdam y de haber realizado mi polvo de oro en valores comerciales. Durante cinco años estuve escondido en Madrid, y después, en 1790, me trasladé á París, usando el nombre de un español y arrastrando un lujo asiático. Bianca había muerto. En medio de mis voluptuosidades, cuando gozaba de una fortuna de seis millones, me quedé ciego. Tengo la seguridad de que este achaque es consecuencia de mi permanencia en el calabozo y de mis trabajos en la piedra, si es que mi facultad de ver el oro no implicaba un abuso del poder visual, que me predestinaba á perder la vista. En aquel momento amaba á una mujer con la que contaba unir mi suerte, le había dicho el secreto de mi nombre, ella pertenecía á una familia poderosa y yo lo esperaba todo de los favores que me dispensaba Luis XV. Había puesto toda mi confianza en aquella mujer, que era amiga de la señora Du Barry y que me aconsejó que consultara á un famoso oculista de Londres; pero al cabo de algunos meses de permanecer en esta villa, aquella mujer me abandonó en Hyde-Park, llevándose toda mi fortuna y dejándome sin recursos, pues, como que tenía que ocultar mi nombre, que me hubiese valido las iras de Venecia, no podía invocar la asistencia de nadie. Mi achaque fué explotado por los espías de que aquella mujer me había rodeado. ¡No quiero molestarle contándole aventuras dignas de Gil Blas! Vino la revolución francesa, y yo me vi obligado á entrar en los Quinze-Vingts, donde aquella criatura hizo que me admitiesen, después de haberme tenido por espacio de dos años en Bicêtre como loco. Nunca he podido matarla, porque yo no veía y era demasiado pobre para comprar un brazo. Si antes de perder á mi carcelero Benedetto Carpi le hubiese consultado acerca de la situación de mi calabozo, hubiera podido reconocer el tesoro y volver á Venecia cuando la república fué conquistada por Napoleón. Sin embargo, á pesar de mi ceguera, vámonos á Venecia. Yo hallaré la puerta de la cárcel; veré el oro á través de las muros, lo olfatearé á través de las aguas en que está sepultado, pues los acontecimientos que han destruído el poder de Venecia son tales, que el secreto de este tesoro ha debido morir con Vendramino, hermano de Bianca, un dux de quien yo esperaba que hubiese hecho mi paz con los Diez. He dirigido notas al primer cónsul, he propuesto un tratado al empera-

dor de Austria, y todos me han rechazado como un loco. Venga usted, partamos para Venecia, y, aunque vayamos de mendigos, ya volveremos millonarios. Rescataremos mis bienes, y usted será mi heredero, será usted príncipe de Varese.

Aturdido ante esta confianza, que tomaba en mi imaginación las proporciones de un poema; á la vista de aquella cabeza encanecida y ante el agua negra de los fosos de la Bastilla, agua estancada como la de los canales de Venecia, yo no respondí. Facino Cane creyó, sin duda, que yo le juzgaba como los demás con desdenosa piedad, é hizo un gesto que resumió toda la filosofía de su desesperación. Su relato le había transportado, sin duda, á sus días felices, á Venecia, y tomando su clarinete tocó melancólicamente una canción veneciana, una barcarola, con la que reanudó su primer talento, su talento de patricio enamorado. Aquello fué algo así como el *Super flumina Babylonis*. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Si algunos paseantes nocturnos llegaron á pasar por el bulevar Bourdon, sin duda se detuvieron para escuchar aquella última plegaria del desterrado, el último plañido de un nombre perdido al que iba unido el recuerdo de Bianca. Pero el oro no tardó en recobrar la primacía, y la fatal pasión extinguió aquel destello de juventud.

—Lo mismo despierto que en sueños, sigo viendo aquel tesoro—me dijo.—Me paseo por junto á él, los diamantes brillan y yo no soy tan ciego como usted cree; el oro, los diamantes iluminan mis tinieblas, la noche del último Facino Cane, pues mi título pasa á los Memmi. ¡Dios mío! ¡qué temprano empezó el castigo del asesinato! ¡Dios te salve, Marla!...

Y recitó algunas oraciones que yo no oí.

—Iremos á Venecia—exclamé cuando el pobre viejo se hubo levantado.

—¿De modo que he encontrado á mi hombre?—exclamó el ciego con el rostro encendido.

Le acompañé dándole el brazo, y él me estrechó la mano á la puerta de los Quince-Vingts en el momento en que algunas personas de la boda volvían á su casa cantando como energúmenos.

—¿Nos iremos mañana?—preguntó el anciano.

—Sí, tan pronto como hayamos recogido algún dinero—respondíle.

—Pero ¡si podemos ir á pie! Yo pediré limosna... soy robusto.

—¿Y quién no es joven, viendo oro ante sí?

El pobre Facino Cane tenía un catarro crónico, y murió aquel mismo invierno después de dos meses de enfermedad.

Paris, marzo 1836

FIN

